

GALERÍA DE PERSONAJES DEL EVANGELIO



El Almendro en

Biblioteca Herder

ALBERTO MAGGI

Galería de personajes del Evangelio
Cómo leer el Evangelio...
y no perder la fe

Herder

Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial El Almendro
bajo el ISBN: 84-8005-056-X

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT creative

© 2000, Cittadella Editrice, Asís

© 2019, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4362-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Servicepoint

Depósito legal: B-15651-2019

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, DE ADRIANA ZARRI	13
INTRODUCCIÓN: UN DON SUFRIDO	19
TAN PIADOSOS, TAN DEVOTOS, PRÁCTICAMENTE INÚTILES	27
CUANDO MARÍA NO SABÍA QUE ERA LA VIRGEN	35
UN EXTRAÑO MATRIMONIO	43
EL ÚLTIMO PROFETA	51
SIMÓN CABEZADURA	59
EL TENTADOR DE JESÚS	67
LOS DE BETSAIDA	75
LOS HIJOS DEL TRUENO	83
EL BANQUETE DE LOS PECADORES	91
LOS DOS MAESTROS	99
LAS CEBOLLAS DE MARTA	107
LA PARÁBOLA DE LOS SEIS HERMANOS	115
LA RESURRECCIÓN DE LOS VIVOS	123
A LA MESA CON EL MUERTO	131
UN CASO DESESPERADO	139
EL CERDO Y LA ZORRA	147
EL AMIGO DEL CÉSAR	155
EMINENCIA GRIS	163

EL GEMELO DE JESÚS	171
APÉNDICE: IGLESIA DE OTROS TIEMPOS	179
GLOSARIO	187
BIBLIOGRAFÍA	189
LISTA DE PERSONAJES DEL EVANGELIO	193

SIGLAS BÍBLICAS

Abd	Abdías	Hch	Hechos
Ag	Ageo	Heb	Hebreos
Am	Amós	Is	Isaías
Ap	Apocalipsis	Jds	Judas
Bar	Baruc	Jdt	Judit
Cant	Cantar de los Cant.	Jl	Joel
Col	Colosenses	Jn	Juan
1 Cor	1ª Corintios	1 Jn	1ª Juan
2 Cor	2ª Corintios	2 Jn	2ª Juan
1 Cr	1º Crónicas	3 Jn	3ª Juan
2 Cr	2º Crónicas	Job	Job
Dn	Daniel	Hab	Habacuc
Dt	Deuteronomio	Jos	Josué
Ecl	Eclesiastés	Jr	Jeremías
Eclo	Eclesiástico	Jue	Jueces
Ef	Efesios	Lam	Lamentaciones
Esd	Esdras	Lc	Lucas
Est	Ester	Lv	Levítico
Éx	Éxodo	1 Mac	1º Macabeos
Ez	Ezequiel	2 Mac	2º Macabeos
Flm	Filemón	Mal	Malaquías
Flp	Filipenses	Mc	Marcos
Gál	Gálatas	Miq	Miqueas
Gn	Génesis	Mt	Mateo
Hab	Habacuc	Nah	Nahún

Neh	Nehemías	Sant	Santiago
Nm	Números	1 Sm	1º Samuel
Os	Oseas	2 Sm	2º Samuel
1 Pe	1ª Pedro	Sof	Sofonías
2 Pe	2ª Pedro	1 Tes	1ª Tesalonicenses
Prov	Proverbios	2 Tes	2ª Tesalonicenses
1 Re	1º Reyes	1 Tim	1ª Timoteo
2 Re	2º Reyes	2 Tim	2ª Timoteo
Rom	Romanos	Tit	Tito
Rut	Rut	Tob	Tobías
Sab	Sabiduría	Zac	Zacarías
Sal	Salmos		

Abreviaturas de los tratados del Talmud

M	Misná
Y	Talmud de Jerusalén
B	Talmud de Babilonia
B.B.	Baba Batra (daños)
B.M.	Baba Mezia (daños)
B.Q.	Baba qamma (daños)
Ber.	Berakot (bendiciones)
Kel.	Kelim (cosas impuras)
Mekh. Éx.	Mekhilta sobre el Éxodo
P. Ab..	Pirke Aboth (sentencias de dotes)
Pea.	Pea (límites)
Pes.	Pesahim (pascua)
Qid.	Qiddushim (matrimonio)
Sanh.	Sanhedrin (tribunales)
Shab.	Shabbat (sábado)

Fuentes antiguas

Anales	Anales
Antigüedades	Antigüedades judías.
Ap. Baruc	Apocalipsis Siríaco de Baruc
Doc. Dam	Documento de Damasco
Ev. Flp.	Evangelio de Felipe
Frg. copt.	Fragmentos de textos coptos
Guerra	Guerra judía
Hch. Tomás	Hechos de Tomas
Henoc	Libro de Henoc
Hist. Eccl.	Historia eclesiástica
Legat.	De legatione ad Caium
Lib. Int. Heb	Liber interpretationis Hebraicorum Nominum
Sal. Salom.	Salmos de Salomón
Ps. Clem.	Homilías Pseudo Clementinas
Test. Leví	Testamento de Leví

PRESENTACIÓN
de Adriana Zarri

Alberto Maggi es el Director del Centro de Estudios Bíblicos «Giovanni Vanucci», gran estudioso y «místico», casi desconocido, por desgracia, a los que no frecuentan los estudios teológicos. He escrito *místico* entre comillas para marcar las distancias del aura de excepcionalidad milagreira de la que la escuela mística española tiene no poca responsabilidad. Con Vanucci y Maggi no nos encontramos en el ambiente carmelitano (y de sus múltiples méritos y algún que otro defecto), sino en el de los Siervos de María: una orden de robusta espiritualidad que ha sabido dar al culto mariano una contribución mesurada y no mimosa.

Mi amistad con el Padre Maggi nació bajo el signo de nuestro común gran amigo Vanucci con quien tuve una breve relación, pero de especial intensidad. De ahí nació la idea de este modesto prefacio, inadecuado con relación a la doctrina del autor, pero alimentado de profunda y amigable estima.

De entrada he de decir que este libro no es el resultado de una simple recogida de artículos periodísticos de su autor, aunque toma su punto de arranque de los artículos que Maggi publicó (y continua publicando) en la revista Rocca. A mí, personalmente, no me gustan las colecciones de artículos materialmente sumados y yuxtapuestos, y no me habría

prestado a avalar esta operación demasiado fácil, que pretende hacer de un periodista, un ensayista y escritor, a no ser que este material no se hubiese previamente refundido y elevado a la dimensión superior de libro. Y éste es nuestro caso: Alberto Maggi, ensayista y estudioso, prestado al periodismo dentro del espíritu del Centro de Estudios que dirige, dedicado a la divulgación, pero con la competencia científica que la verdadera divulgación exige: una obra que es, al mismo tiempo, de ciencia y de humildad.

No recogida de artículos, sino libro propiamente dicho, en el que el material de base utilizado ha sido profundamente elaborado y enriquecido con una abundancia de notas que aportan contribuciones históricas tan interesantes como el texto mismo.

El resultado es un libro subversivo, con el mismo sentido profundo del término en el que se puede decir que Cristo es revolucionario, muy distante, por cierto, del aura militar que evoca esta palabra; libro subversivo, eversivo y revolucionario en el sentido de que la salvación no proviene de la regularidad canónica, a través de las vías sagradas de la institución religiosa, ni del templo, sino más bien de la calle, en la que publicanos, prostitutas y pecadores son invitados por Jesús, descuidado de la impureza legal contraída por frecuentar esta gente considerada infecta, de la que un hebreo observante debía mantenerse a distancia. La descripción exacta y profunda del contexto religioso en el cual Cristo se encontró a la hora de obrar y de... transgredir, hace explotar aquella carga eversiva con una fuerza insospechada por parte de los bravos católicos acostumbrados a una visión edulcorada de un empalagoso Jesús (piénsese en los Sagrados Corazones: ojos celestes, cabelleras rubias...) que tiene bien pocos puntos de contacto con la realidad somática, sociológica y

teológica del verdadero Jesús, como aprendemos aquí, no sin cierta sorpresa, lo que indica cuánto ha sido ofuscada la realidad y, a veces, trastornada por incrustaciones superpuestas, fruto de retóricas seculares.

Las páginas dedicadas al comentario del episodio de Marta y María me han llamado especialmente la atención; y con razón se toma en la edición italiana –no así en la española– el título del libro de este capítulo porque «las cebollas de Marta» (título además muy bello, con cierto halo de misterio que no perjudica y que es una invitación implícita a la lectura) es uno de los textos más significativos del libro.

Acantonada la lectura tradicional –que ve en Marta y María los símbolos de la acción y de la contemplación (lectura, por lo demás, rechazada por otros biblistas y autores de espiritualidad)–, ironizada la proclamación de Marta como patrona de las amas de casa, Maggi da una versión que podríamos llamar «feminista», aquí ciertamente entrecomillada (¡cuántas comillas y cuántas tomas de distancia!) para no confundirla con climas rabiosamente reivindicativos. Mucho más profunda que este estrecho feminismo, mucho más creíble que la falsa dialéctica a la que se ha apuntado antes, Maggi nos da una versión original en la que la lectura feminista se entrelaza con una lectura sociopolítica.

Las cebollas son las de Egipto, añoradas por los hebreos en el desierto. Egipto es el país del exilio y de la esclavitud que, sin embargo, no se perciben ya como tales, porque el poder ha conseguido convencer de que ninguna patria es mejor que el exilio; más aún el exilio mismo se ha convertido ahora en patria: «un país en el que mana leche y miel» (Nm 16,2-13): expresión que ha connotado siempre la tierra prometida. «La capacidad de persuasión del poder –observa Maggi– había sido tan fuerte hasta el punto de hacer creer a

los hebreos que la tierra donde éstos habían estado era, en realidad, el país de la libertad, y que ajos y cebollas tenían el mismo sabor que la leche y la miel».

Pasando a las dos hermanas de Betania, Maggi comenta: «María no contempla a Jesús, sino que lo acoge y escucha, deseosa de aprender su mensaje e indiferente a la prohibición del Talmud que prescribe que «una mujer no tiene que aprender otra cosa que a utilizar el huso» (Yoma 66b). El modo de actuar de María, en una cultura fuertemente masculina como era aquella oriental, no podía ser tolerado. Corresponde solamente al hombre rendir los honores de casa. La mujer está escondida e invisible. Su lugar está en la cocina entre los hornillos, como hace Marta (...) Marta se cree la reina de la casa, mientras, en realidad, es esclava de su condición. Y aquel creerse reina es la gran victoria del poder: dominar a las personas haciéndoles creer que son libres, haciendo pasar fraudulentamente ajos y cebollas por leche y miel. Marta no tolera la actitud de María que, como un hombre, se entretiene y escucha a Jesús (...) ¿Qué necesidad tiene de aprender? ¿No enseña el Talmud que es mejor que «las palabras de la Ley sean destruidas por el fuego antes que ser enseñadas a las mujeres?» (Sota B. 19a). El estado de ánimo de María es como «el de los esclavos satisfechos de serlo. Éstos no solo no aspiran a ser libres, sino que espían cualquier intento de libertad de los otros para devolverlos a la esclavitud». Así ella intenta atrapar de nuevo a la hermana para la cocina, y añorar las cebollas de la esclavitud trastocadas por alimento de libertad. Para hacer esto pide el auxilio de Cristo que, sin embargo, no piensa de la misma manera y «en lugar de reprochar a María y empujarla al papel al que tradición y decencia han confinado a las mujeres, amonesta a la patrona de la casa: «Marta, Marta, andas preocupada e

inquieta con tantas cosas: sólo una es necesaria» (Lc 10,41-42). Ésta es la libertad verdadera y no aquélla que el poder ha impuesto como tal. Jesús está de parte de la mujer, de su emancipación, de su derecho a conocer, en igualdad con el hombre, de su libertad. Se alinea contra el poder machista, aunque esté avalado por una vetusta tradición: aquélla que hace prisionera a Marta, pero no a María, signo de los tiempos nuevos. Su predilección por María no es tanto la elección de la contemplación, sino la elección de la libertad, la elección del futuro. Nos vienen a la mente otras palabras: «Deja que los muertos entierren a sus muertos» y que tantas Martas como hay añoren las cebollas de Egipto, el alimento de la esclavitud.

Dejando a Marta con sus cebollas, a María con sus subversiones y a todos los personajes presentes en los evangelios, con sus historias, temores y esperanzas, sutilmente interpretados por el autor, citemos solamente el inesperado final del libro que termina con un apéndice aparentemente extraño a todo lo que le precede. Dando un salto de siglos nos encontramos en el año 1.200 junto a Antonio de Padua. ¿Qué tiene que ver Antonio con los personajes del evangelio? Antonio, objeto de un culto con frecuencia supersticioso y fanático, se revela aquí como robusto fustigador de los malos hábitos clericales: tal vez una decepción para sus devotos a la caza de milagros, pero una agradable sorpresa para nosotros que conectamos su predicación con la de Cristo y con el sentido no tan recóndito del libro, cuyo significado no es la exaltación del temor reverencial, tan inculcado por el poder eclesiástico, sino de la franqueza y la libertad.

Con frecuencia he pensado que sería útil y hermosa una antología de la contestación de los santos. De esta deseada antología, Alberto Maggi nos ofrece aquí un capítulo, toma-

do —¿quién lo diría?— de las homilías de un santo que, tal vez, el mismo poder (si no nuestra propensión por las cebollas de Egipto) nos presenta, como edulcorado, con el acostumbrado lirio entre las manos y el Niñito en el brazo.

INTRODUCCIÓN

UN DON SUFRIDO

LOS DISCÍPULOS

«*La fe es un don de Dios*» es la fórmula preferida por las personas que no tienen fe, y si es un don de Dios, depende del Señor la cantidad y la calidad de la fe de los hombres. Si uno no tiene fe, no es el responsable de ello, sino Dios mismo que no le ha dado ese don...

Un don normalmente más sufrido que envidiado por quien lo tiene, pues muchos mantienen que tener fe significa deber aceptar resignados los caprichos de la voluntad divina o de quienes se propugnan sus portavoces. Por esto se oye frecuentemente la expresión: «Dichoso tú que tienes (tanta) fe», con lo que se quiere decir en realidad: «yo estoy mucho mejor sin ella».

Las incertidumbres y dudas de la fe son el objeto de este libro, en el que se presenta a los personajes evangélicos desde Isabel y Zacarías a María de Magdala y Tomás, reunidos bajo la óptica común de su dificultad para creer en el Dios de Jesús.

HOMBRES DE POCA FE

A lo largo del evangelio resuena con frecuencia el reproche de Jesús a sus discípulos de ser hombres *de poca fe*, llamada de atención que va dirigida en particular a Pedro, el hombre *de poca fe* por excelencia (Mt 14,31).

Si para los discípulos hay solamente reproches en el evangelio, los elogios a la fe de los paganos y de los marginados abundan en él.

Paradójicamente, las personas tenidas por más alejadas de Dios y de la religión son aquellas que consiguen demostrar una verdadera fe. Aquellos que viven codo con codo con el Señor carecen de ella.

Jesús dice del centurión pagano que «en ningún israelita ha encontrado tanta fe» (Mt 8,10), pero se maravilla por la total ausencia de fe de los fieles de la sinagoga de Nazaret donde «no hizo muchas obras potentes por su falta de fe» (Mt 13,58). Sus mismos discípulos parecen no haber hecho grandes progresos si, después de su resurrección, Jesús se ve obligado a «echarles en cara su incredulidad y su terquedad en no creer a los que lo habían visto resucitado» (Mc 16,14). Por parte de los discípulos se da una visión de la fe que Jesús intenta corregir. Suponiendo que tener fe depende de la acción del Señor, éstos le piden que se la aumente: «Aumentanos la fe» es su súplica.

Pero Jesús no está de acuerdo con esta idea. La fe no depende solamente de Dios, sino también del hombre.

La fe no es un don de Dios, sino la respuesta de los hombres a su amor incondicional. Por esto, en el evangelio de Lucas, la cruda respuesta de Jesús a la petición de los discípulos de aumentar su fe es la constatación de que éstos no tienen en modo alguno fe: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a esa morera: 'quítate de ahí y tírate al mar' y os obedecería» (Lc 17,6).

Jesús objeta a los discípulos que no se trata de aumentar la fe: el problema es tenerla o no. Y ellos no la tienen ni siquiera del tamaño de «un grano de mostaza», semilla

proverbialmente conocida como «la más pequeña de todas las que hay en la tierra» (Mc 4,31).

Como prueba de que la fe es la respuesta del hombre al amor de Dios, el evangelista coloca, después de la petición de los discípulos, el episodio de los diez leprosos.

Jesús libera de la impureza a los diez leprosos, pero sólo «uno de ellos, viendo que se había curado, se volvió alabando a Dios a grandes voces y se echó a sus pies rostro a tierra, dándole las gracias» (Lc 17,15-16).

Los diez reciben el amor que los purifica («¿No han quedado limpios los diez?», Lc 17,17). Uno solo responde, y únicamente en este caso se habla de fe: «Levántate, vete, tu fe te ha salvado» (Lc 17,18). La fe del leproso se manifiesta en la alabanza a Dios y en el agradecimiento a Jesús.

Una vez más quien demuestra fe es el individuo considerado más alejado del Señor: este leproso de hecho «era un samaritano» (Lc 17,16), esto es, uno que pertenecía a aquel pueblo idólatra catalogado entre los «enemigos de Dios» (Sifré Dt 41, § 331, 140a). Pero Jesús acepta y elogia el agradecimiento del Samaritano, el hombre del que, según el Talmud «no estaba permitido recibir don alguno» (Sheq. M. 1,5).

LA RED DE MAMMÓN

«Hombre de poca fe» es una expresión judía, con la que se reprocha a quien está tan ansioso del futuro que no es capaz de disfrutar del momento presente: «Quien tiene un pedazo de pan en el cesto y se pregunta: '¿Qué comeré mañana' es un hombre de poca fe» (Sota 48b).

También en los evangelios la «poca fe» es fruto de una preocupación por el futuro que impide apreciar el presente.

Y la expresión «hombres de poca fe» está siempre relacionada con el ansia constante de los discípulos, que se preguntan: «¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber? o ¿con qué nos vamos a vestir?» (Mt 6,31).

Estos discípulos son aquéllos que Jesús llamó e invitó a seguirlo para que fuesen pescadores de hombres («Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron», Mt 4,20). Pero, abandonadas las redes para la pesca que les aseguraba el sustento cotidiano, se han enredado en la red de «Mammón» (Mt 6,24), la inquietud por el futuro que les hace ver en la acumulación de bienes la solución de todos los problemas.

El ansia por el mañana hace a los discípulos incapaces de realizar la única cosa para la cual Jesús los había llamado, para ser «pescadores de hombres» (Mt 4,19).

Jesús los ha invitado a liberar a las personas («expulsar los espíritus inmundos», Mt 10,1), pero la única vez que ellos encuentran la ocasión de hacerlo resultan impotentes: «¿Por qué razón no pudimos echarlo nosotros? Y él les contestó: 'Os aseguro que si tuvierais fe como un grano de mostaza le diríais a ese monte que se moviera más allá y se movería. Nada os sería imposible'» (Mt 17,19-20).

En lugar de trabajar por extender el reinado de Dios, actividad que habría garantizado la abundancia de todas las cosas, los discípulos buscan las cosas y se olvidan del reino: «El agobio de esta vida y la seducción de la riqueza ahogan la Palabra y ésta se queda estéril» (Mt 13,22). Y Jesús, pacientemente, intenta infundir en ellos la confianza plena en un Padre que, si alimenta incluso a los animales considerados insignificantes como «los pájaros del cielo», o impuros como los «cuervos» (Lv 11,14; Lc 12,24), «que ni siembran, ni siegan ni almacenan en graneros» (Mt 6,26), ¡cuánto más se ocupará de aquellos que siembran, siegan y recogen!